

# [Prólogo]

Pablo De Santis

---

Los relatos policiales cuentan, en general, dos historias. La primera es la historia de la investigación, hecha de pistas, sospechas y sucesivas y tal vez falsas revelaciones, hasta llegar a la iluminación y a la verdad. La segunda es la historia del crimen, que sólo se revela al final. El protagonista de la primera historia es el detective, y el de la segunda el criminal. El detective es un hermano secreto del lector; ambos leen las pistas y conjeturan posibles argumentos. El criminal, en cambio, es hermano del escritor: los dos tratan de distraer al lector, y de borrar las pruebas, confundiendo la trama verdadera con otros argumentos posibles para que no se note que lo evidente estaba allí desde el principio.

No sabemos por qué nos gustan las historias de crímenes, pero ese secreto final se ha convertido en una perfecta metáfora del secreto que toda lectura implica. Leemos para saber algo, leemos para que aparezca algo que está escondido. En los cuentos de esta antología, en cambio, no se cumplen del todo las reglas del policial. Cuando nos asomemos a estos relatos, veremos que la primera historia, la de la investigación, ha desaparecido,

y con ella el detective. Nos queda la segunda historia, la del crimen.

En estas páginas el enigma está ausente: sabemos, en la mayoría de los casos, quién es el criminal y cómo cometió el crimen (a veces sabemos el nombre del asesino aun antes de que el asesinato ocurra, como en "El crimen de lord Arthur Saville"). Son otros los elementos de la trama los que faltan, son otras las sorpresas que deparan los finales.

El primer relato, el de Thomas Hardy, es el que más lejos está del policial y sólo se relaciona con el mundo del crimen por la presencia de los ladrones. Es un cuento de ingenio, con reminiscencias de los cuentos de pícaros que abundan en las tradiciones folclóricas. "El regalo de Navidad del chaparral", de O. Henry, visita dos géneros: el de la literatura del oeste, con sus consabidos pistoleros, y el de los cuentos sobre la Navidad, con final edificante, que acostumbraban publicar las revistas de la época. Recordemos que el cuento más famoso de O. Henry también está relacionado con una fiesta de la cristiandad: "El regalo de reyes".

"El corazón delator", de Edgar Allan Poe, y "Markheim", de Robert Louis Stevenson, son pesadillas dictadas por la culpa. Están más cerca del género fantástico que del policial, a pesar de que hay un crimen en cada una. Son relatos acerca de los fantasmas del remordimiento. En el primero está el misterioso visitante, al que una lectura alegórica señalaría como la conciencia; en el segundo, ese corazón que late bajo el suelo. Poe procuró llegar al horror despejando el género de elementos sobrenaturales; expulsó

a los fantasmas de su literatura para reemplazarlos por las alucinaciones de la mente. Este corazón que sigue latiendo bajo las tablas del piso es una de las imágenes más poderosas de su literatura. La historieta argentina tiene dos versiones de este cuento y es interesante comparárlas: la de Alberto Breccia y Carlos Trillo (incluida en el libro *Breccia negro*) y la de Horacio Lalia (en *La mano del muerto y otras historias*).

El cuento de Jack London transcurre en un circo, y tal vez toda antología se parezca a un espectáculo circense: aparecen unos personajes en escena, cumplen su papel y luego se retiran (entre aplausos o silbidos, según el caso) para dejar lugar a otros personajes, sin relación alguna con los anteriores. El hombre leopardo nos cuenta la historia de un asesinato en un circo: la víctima es el domador, el arma el león...; pero falta otra arma, que el hombre leopardo sólo nos revelará al final.

En el último relato, "El crimen de lord Arthur Saville", está concentrado todo el arte de Oscar Wilde: el brillo de los diálogos, como en sus mejores piezas teatrales, el ingenio en las intervenciones del personaje de lady Windermere –pródiga, como el autor irlandés, en frases memorables–, pero también la visión de un mundo más oscuro, que lo acerca a las sombras góticas de su novela *El retrato de Dorian Gray*. Lord Saville podría ser un personaje increíble, una mera marioneta de su autor, un ser ridículo a causa de su fe absoluta en la profecía del señor Podgers. Pero un detalle lo vuelve humano: acosado por su horrible secreto, mira con melancólica envidia a los hombres que llegan a Londres a vender mercadería, y para quienes la ciudad

no es más que un gran mercado. Para él, en cambio, es el sombrío escenario de un crimen futuro.

Sin detectives a la vista, les toca a los criminales hacerse dueños absolutos de la escena. Borran las pistas y se lavan la sangre de las manos, pero bajo las tablas del piso se sigue escuchando el latido de un corazón.

# Los ladrones que no podían dejar de estornudar

---

Thomas Hardy

**H**ace muchos años, cuando los robles, ahora en decadencia, eran todavía tan pequeños como el bastón de un anciano, vivía en Wessex el hijo de un labrador, llamado Hubert. Tenía catorce años, y sobresalía tanto por su franqueza y vivacidad como por su coraje, de lo cual, de hecho, se sentía muy orgulloso.

Una Nochebuena muy fría, su padre, quien no contaba con otra ayuda, lo envió con un encargo importante a un pequeño pueblo situado a varios kilómetros de distancia. El muchacho viajó a caballo, y estuvo ocupado con esa diligencia hasta bien avanzada la tarde. Cuando por fin terminó, regresó a la posada, ensilló al caballo e inició el camino de regreso. Durante el viaje a casa debía pasar por el Valle de Blackmore, una región fértil pero desierta, con grandes caminos de barro y rutas sinuosas. En esos días, además, gran parte de la zona estaba densamente poblada de árboles.

A eso de las nueve de la noche, montando a Jerry, su percherón de fuertes patas, Hubert cabalgaba a través de los árboles de ramas colgantes mientras cantaba un villancico acorde con la época del año. De pronto, creyó oír un ruido que provenía de los ramales. Recordó entonces que el lugar por donde transitaba tenía un nombre

maligno. Habían asaltado a varios hombres ahí. Miró a Jerry: deseó que el caballo fuese de cualquier otro color menos gris claro, pues por esa razón la silueta del dócil animal era visible incluso entre las espesas sombras.

—¿De qué me preocupo? —dijo en voz alta, tras meditar unos segundos—. Las patas de Jerry son muy ligeras y no dejarán que se nos acerque un bandolero.

—¡Ja, ja! ¡Sin duda! —respondió una voz grave.

Y en ese momento surgió un hombre, rápido como un rayo, del matorral situado a la derecha; luego, otro, del matorral a la izquierda; y uno más, de un tronco a pocos metros delante de él. Se apoderaron de la brida de Hubert, lo bajaron del caballo y, aunque se defendió con todas sus fuerzas, como cualquier muchacho valiente hubiera hecho, lo vencieron. Le ataron los brazos a la espalda, le amarraron con fuerza las piernas y lo arrojaron a una zanja. Los ladrones, cuyos rostros estaban tiznados de negro, como logró percibir débilmente en ese instante, huyeron de inmediato y se llevaron al caballo.

Apenas se recuperó, Hubert pudo sacarse la cuerda de las piernas con gran esfuerzo, pero, a pesar de todos sus intentos, no logró desatarse los brazos. Así pues, su única salida era ponerse de pie y seguir adelante, con las manos a la espalda, y esperar que la providencia se encargara de soltarlas. Sabía que era imposible llegar a pie hasta su casa esa noche, y menos en tales condiciones: aun así, comenzó a avanzar. Como el ataque le había causado gran confusión, se perdió y hubiera preferido acurrucarse

entre las hojas muertas y descansar hasta que amaneciera, pero conocía los peligros de dormir sin mantas bajo un frío tan severo.

Así que continuó su camino, con los brazos contraídos e insensibles por la cuerda que los inmovilizaba, y dolorido por la pérdida del pobre Jerry, que nunca había dado coces, ni mordido, ni tenía costumbres ariscas. Se alegró mucho cuando vio una luz distante a través del follaje. Se encaminó hacia allá, y al poco rato se topó con una formidable mansión de grandes alas en los flancos, aguilones y torres, y cuyos muros almenados y chimeneas resaltaban a la luz de las estrellas.

El silencio era absoluto, pero la puerta estaba abierta de par en par; de ese lugar emanaba la luz que lo había atraído. Al entrar, se encontró en una gigantesca habitación decorada como un comedor y brillantemente iluminada. Las paredes estaban revestidas de oscuros paneles, tallas, armarios empotrados, y todo el mobiliario que se suele encontrar en casas como ésta. Pero lo que más le llamó la atención fue la amplia mesa en el centro del salón comedor, sobre la cual se desplegaba una suntuosa cena, al parecer intacta. Había sillas alrededor, y daba la impresión de que algo había interrumpido la velada en el preciso momento en que estaba por empezar.

Aunque lo hubiese querido, Hubert no habría podido comer en el triste estado en que se encontraba, a menos que lamiera alguno de los platos, como un cerdo o una vaca. Antes que nada, necesitaba ayuda; y estaba a punto de empezar a recorrer la mansión cuando oyó

pasos apresurados en el porche y la palabra “¡rápido!” pronunciada por la misma voz que había oído cuando le robaron el caballo. Apenas tuvo tiempo para esconderse bajo la mesa antes de que los tres hombres ingresaran en el comedor. Al espiar entre los bordes del mantel, notó que sus caras también estaban tiznadas de negro, lo que terminó de convencerlo de que se trataba de los mismos ladrones.

—Ahora, pues —dijo el primero, el hombre de voz grave—, debemos escondernos. Volverán muy pronto. Fue un buen truco sacarlos de la casa, ¿no es cierto?

—Sí, imitas muy bien la voz de un hombre en peligro —respondió el segundo.

—¡Muy bien, excelente! —observó el tercero.

—Pero pronto se van a dar cuenta de que fue una falsa alarma. Bueno, ¿dónde nos esconderemos? Tiene que ser un lugar donde podamos esperar durante dos o tres horas, hasta que se vayan a la cama y se queden dormidos. ¡Ah, ya sé! ¡Vamos! Tengo entendido que sólo abren el armario del lado opuesto una vez al año. Nos servirá de maravilla.

Tras decir estas palabras, el hombre avanzó hacia un pasillo que comunicaba con el vestíbulo. Hubert se arrastró con cautela un poco más, y vio que el armario se encontraba en el otro extremo, frente al comedor. Los ladrones entraron y cerraron la puerta. Con el aliento entrecortado, Hubert avanzó sigilosamente con el propósito de enterarse, en lo posible, de sus intenciones; y, al acercarse, pudo oír que los ladrones hablaban, entre susurros, de las habitaciones que contenían las joyas, la platearía y los demás objetos valiosos que se disponían a robar.

No bien se escondieron, las alegres conversaciones de una multitud de hombres y mujeres surgieron desde la terraza. Hubert pensó que no era conveniente que lo encontraran merodeando por la casa, a menos que quisiera ser tomado por ladrón; así que se escabulló hacia el vestíbulo, avanzó hasta la puerta y se ocultó en un oscuro rincón del porche, desde donde podía observar todo sin ser visto. Después de unos minutos, un tropel de gente pasó por su lado e ingresó en la casa. Había un señor mayor y una dama, ocho o nueve muchachas, igual número de jóvenes, y media docena de criados y sirvientas. Al parecer, los habitantes de la mansión la habían dejado completamente vacía.

—Ahora, niños y jóvenes, terminaremos nuestra cena —dijo el hombre mayor—. No sé qué pudo haber sido aquel ruido; nunca en mi vida tuve una impresión tan certera de que asesinaban a alguien en la puerta de mi casa.

Entonces, las damas empezaron a hablar de lo mucho que se habían asustado, de la aventura que esperaban tener, y de cómo acabó en nada.

“Tengan paciencia”, pensó Hubert. “Más tarde vivirán una gran aventura, estimadas damas”.

Al parecer, los hombres y las mujeres jóvenes eran los hijos casados de la pareja de edad, los cuales habían llegado de visita para pasar la Navidad con sus padres.

Entonces se cerraron las puertas y Hubert quedó afuera, en el porche de la casa. Se le ocurrió que era el momento oportuno de pedir ayuda, y, puesto que no podía golpear con las manos, empezó a patear enérgicamente el portón.

—¡Hola! ¿Por qué tanto alboroto? —dijo el lacayo que abrió la puerta, mientras alzaba a Hubert de los hombros y lo introducía en el comedor—. Encontré a este extraño muchacho haciendo ruido en el porche, sir Simon.

Todos se dieron vuelta.

—Tráelo aquí —ordenó sir Simon, el hombre mayor ya mencionado—. ¿Qué hacías allí, pequeño?

—¡Miren! ¡Tiene los brazos atados! —exclamó una de las jóvenes.

—¡Pobrecillo! —se condolió otra.

De inmediato, Hubert les contó que había sufrido un asalto cuando regresaba a su casa. Los ladrones le habían robado el caballo, y luego, despiadadamente, lo habían abandonado en ese estado.

—¡Parece mentira! —exclamó sir Simon.

—¡Qué historia! —dijo uno de los invitados, con incredulidad.

—Poco creíble, ¿no es cierto? —preguntó sir Simon.

—Quizás él mismo sea un ladrón —insinuó una dama.

—Ahora que lo observo con detenimiento, tiene un aspecto curiosamente feroz y perverso, por cierto —dijo la madre.

Hubert se ruborizó, avergonzado, y, en vez de continuar con su historia, y avisarles que los ladrones estaban escondidos dentro de la casa, se mordió la lengua y decidió dejar que ellos descubrieran el peligro por su cuenta.

—Bueno, desátenlo —dijo sir Simon—. Después de todo, es Nochebuena; lo atenderemos bien. Por aquí, hijo; siéntate en esa silla vacía en el extremo de la mesa, y come lo que quieras. Cuando estés satisfecho, seguiremos escuchando más detalles de tu historia.

El banquete siguió su curso, y Hubert, ya libre, no lamentó haberseles unido. Mientras más comían y bebían, más se alegraba el grupo. El vino fluía con generosidad, los leños ardían en la chimenea, las mujeres reían con los cuentos de los caballeros; en resumen, todo resultó tan agradable y bullicioso como solían celebrarse, sin duda, las Navidades en tiempos pasados.

Aunque las sospechas acerca de su honestidad lo habían ofendido, Hubert no pudo evitar sentirse muy cómodo, en cuerpo y alma, con el buen humor, el ambiente y regocijo que mostraban sus anfitriones. Al final, rio tanto como el viejo barón, sir Simon, con las historias y chistes que se contaron. Poco antes de terminar la cena, uno de los hijos, que había bebido más vino del que debía, como solían hacer los hombres en esas épocas, le dijo:

—Bueno, muchacho, ¿cómo te sientes? ¿Podrás aspirar un poco de rapé? —le ofreció una de esas tabaqueras que empezaban a hacerse populares entre los hombres de todas las edades alrededor del país.

—Gracias —dijo Hubert, tomando una pizca de tabaco.

—Demuéstrales a las damas quién eres y qué puedes hacer —continuó el joven, palmeando a Hubert en el hombro.

—Claro que sí —respondió nuestro héroe, levantándose del asiento y pensando que convenía enfrentar con audacia la situación—. Soy un mago itinerante.

—¡De veras!

—¿Qué nos dirá ahora?

—¿Puedes invocar a los espíritus de las inmensas profundidades, pequeño brujo?

—Puedo conjurar una tormenta en un armario —respondió Hubert.

—¡Ja, ja! —rio el viejo barón, frotándose las manos con placer—. Tenemos que ver ese espectáculo. Niñas, no se alejen: esto merece su atención.

—Espero que no sea peligroso —dijo la señora mayor. Hubert se levantó de la mesa.

—Permítame su caja de rapé, por favor —le pidió al joven caballero que le había hecho el ofrecimiento—. Y ahora —continuó—, sin hacer el menor ruido, síganme. Si alguno llegara a hablar, se romperá el hechizo.

Todos prometieron hacerle caso. Avanzó por el pasillo, y, luego de quitarse los zapatos, fue hasta la puerta del armario en puntas de pie, mientras los invitados lo seguían, en sigilosa procesión, a corta distancia. Enseguida Hubert colocó un taburete frente a la puerta, y, parado sobre éste, logró alcanzar el dintel. Entonces, siempre en silencio, volcó el contenido de la caja por el extremo superior, y, con un par de soplidos, introdujo el tabaco por la abertura hacia el interior del armario. Después hizo una seña con el dedo para que su público permaneciera callado.

—¡Válgame Dios! ¿Qué fue eso? —exclamó la señora mayor, luego de un minuto o dos.

El ruido apagado de un estornudo surgió del interior del armario.

Hubert volvió a hacer una seña con el dedo.

—Qué extraordinario —murmuró sir Simon—. Es de lo más interesante.

Hubert aprovechó el momento para correr suavemente el cerrojo de la puerta.